*desde julio 2023*

# *Travellings*

*10.11.2026*

## Poemas de viajes por otras geografías

**Nelson Specchia**



*Estambul: Puente del Bósforo (ayca en Pinterest)*

**Viajar: Caminos circulares**

La idea que ocupó la cabeza
de todo hombre desde el jardín verde
donde Eva llevó a Adam a morder
la manzana, fue una de la cola
larga que tornaría, en círculo,
hasta que los días tocaran al fin:

volver, que el fin no sea el cierto fin
sino un paso. La magna cabeza
humana soñó el sueño del círculo:
Platón, Zoroastro y el druida verde
de Stonehenge pusieron la cola
al alcance de la boca, y morder

fue la orden a esa boca, morder
el otro extremo y alejar el fin:
que el término expresado en la cola
se confundiera ya con la cabeza,
y permanecer en el jardín verde,
en la rueda eterna del círculo.

Rafael pintó Esfera y Círculo
para pintar el infinito y morder
la Gracia, la Madre, el rojo y verde
jardín; pero ni magia ni arte ni fin
conjuraron la idea: la cabeza
tornó una y otra vez a la cola.

De ese sueño resistente la cola
generó un animal en círculo
eterno: una sierpe con cabeza
y mandíbulas grandes para morder
el destino, el pasado y sin fin
apostar a la vuelta al jardín verde:

porque verde es la espera y más verde
el ouroboros que muerde su cola,
y en su redondez nos olvida del fin.
También yo busco en el vano círculo
de la sextina, con seis versos morder
los miedos que rondan por mi cabeza.

A la cabeza el retorno al verde
tiempo, a morder del tiempo la cola,
y en el círculo final volver del fin.

---

**Las Vegas: Barbie Dreamhouse**

El reino global de Barbie tiene su trono en Las Vegas.

Cubrimos la vana insensatez del momento caído
A la manera en que el monje se reviste la casulla
De los juegos de los ritos de los sueños de los hombres:
Adornos fútiles que intentan retener el tiempo ido.

Transitamos por veredas colmadas de cuerpos bellos
Y artilugios para mantenerlos sin gramos ni grasa,
Los pliegues de la piel son los nuevos pecados con culpa,
Lo imperfecto desvía las miradas y sus destellos.

La liturgia de la vista ocupa el sillón del que piensa:
Demiurgos catódicos atruenan desde los rincones
Hasta los últimos resquicios del tiempo y del espacio.
Un arco blando no defiende. No guarda ni se tensa.

Las copas se derraman, el vino ni es blanco ni es tinto,
El pan de antaño no llena; la sal no es parda ni greda.
Bandejas de sacarina disimulan un banquete.
Ni el comer ni el beber: hasta la mesa es un lujo extinto.

La justicia ya no conmuta, es apenas una mueca
Fácil, blanda y acomodada al espíritu del tiempo:
Hemos abandonado la pasión y nos mueve el viento.
Todos queremos ser lo mismo: esa preciosa muñeca.

---

**Estambul: Puente del Bósforo**

Estambul de noche es azul
(no el azul transparente del topacio,
sino el azul de la piel cetrina,
de los huecos cerrados de las viejas marmitas).
Estambul de noche es azul
cuando el lerdo tren griego arrastra
su cansancio y el rencor de antigua metrópolis
por las vías que penetran de noche
el azul oscuro de la nueva Constantinopla.
El hierro de las vías y la madera de los vagones
sufridos por días y horas en ruta hacia Anatolia
aparecen ahora como el último refugio
frente a ese terrible azul oscuro
que cuajan las agujas y los gritos del almuecín.

Estambul es azul pero el sol la redime,
las piedras vuelven al marrón opaco de piedra
y unos pasos más allá el agua del Bósforo

lava la intriga de la noche y lo abraza todo:
abrazo lechal, húmedo de humo y pescado.
Agua encajonada entre la tierra de dos mundos,
cinta marina que sala el cuerno de oro
y promete las mil y una noches de Oriente.
Los barcos de pescado
cocinan la faena en asadores de leña.
Te paras frente al agua y el humo
oculta y muestra la otra costa:
en ese labio de tierra comienza el Asia.

Estambul es azul de día,
es el mismo azul pero es otro:
es el azul de la mezquita.
Piedra, cristal, nácar.
Misterio de lapizlázuli,
abluciones de lavado, oraciones y ritos.
Entras a la mezquita y estalla el azul
en la luz, en el aire, en el suelo y en el tiempo.
No es en Sofía –ayer santa, hoy agia-
y en su inmenso vacío
donde Estambul concentra su magia fría:
es aquí, en la mezquita azul de cristales y alfombras,
de candelabros y tímpanos con el nombre de dios.

También es azul el Bósforo,
y gris el puente que deshace el hechizo de Oriente.
Quise cruzarlo a pie y pisar la costa incógnita,
a pie llegar al Asia, como las caravanas de sedas,
como Alejandro, como Marco, como el Preste Juan del mito,
como los Magos y las gentes cetrinas de turbante azul.
Azul del Bósforo.
Azul de la mezquita.
Estambul.

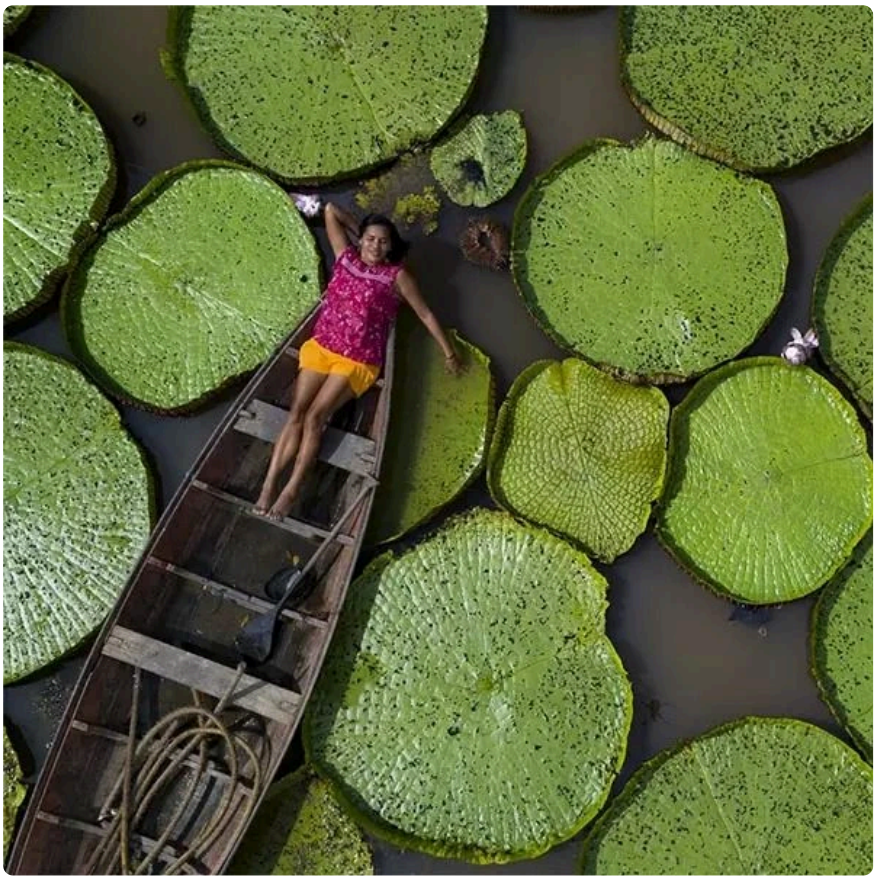
---

**Brasil: Amazonas**

Domar la fuerza del cuerpo, ponerlo
duro, la audacia y el rigor a prueba:

exponerlo al agua y a los mosquitos,
las piedras ocultas y la malaria.
Quizá la prueba sea del espíritu,
de la fuerza que viene, que vendrá
necesariamente. Jóvenes, lejos,
y tan de pronto el río se hace grande,
inmenso y voluptuoso entre la selva,
entre una selva que también es de agua,
voluptuoso como el cuerpo desnudo
que desnudo llega al borde del agua,
que desnudo viene desde la nada
verde, voluptuoso mar de madera
y sombra y fuego y más agua de lluvia.
Llueve antes del sol y llueve después,
llueve antes de que el sol fuera este sol,
llueve desde antes que la lluvia sea.
Llueve: el Negro crece y el Solimoes
lo espera allá, voluptuoso y marrón,
para el abrazo del Encuentro de Aguas,
y en el abrazo acuático aún más grande,
la inmensidad del agua y la nada.
Un Encuentro marrón y negro y nace
el Amazonas rotundo y total,
definitivo, terrible, y la lluvia.
Lluvia y río, aguas arriba y abajo:
Manaos es un oasis de humanos
en la nada de agua marrón y verde.
Carpeta apenas tachonada a golpes
de barcas mineras, garimpos de oro
en agua amarronada, oro marrón
y capillas celestes que no miran
a Oriente sino al río, al agua de oro,
al marrón desde el frágil borde verde
de tierra, de selva y de noche: nada.
El azul del ínfimo campanario
promete un cielo más allá de lluvias,
arriba y lejos, muy lejos del agua.
El infierno, el seguro infierno es marrón

y verde, está aquí abajo, por delante
y detrás, encima y a los costados:
quema más que los fuegos eternos
pero sin una sola llama: es agua
que hierve, que cuece, que sube, que inflama.



*Fuente: Vitória-régia: a cara da Amazônia | Blog Descobrindo a Amazônia*

---

**Oficinas líticas**

Y el sonsonete viene y deja, esparce
encajes blancos. Se retira, viene
y deja copos, esparce y retira
millas siderales de espuma blanda,
la luna gira en algún remoto hueco
astral, y el volumen del mar aumenta
respondiendo al grito sordo que horada
las oquedades celestes y llega,
justo y preciso, a su demanda de agua.
Tributo al equilibrio en movimiento,
impuesto del mar al balance cósmico.
Se retira, esparce, y las negras piedras

que fueron fragua de cuchillos surgen
de la faz móvil de la superficie.
Oficinas líticas, dulce, las llama
el tan dulce lenguaje brasileño.
Cuatro mil años antes que mis manos,
manos como las mías las tocaron
pulieron en ellas óvalos, círculos,
ángulos, anchos canales y líneas
para fabricar instrumentos ígneos
que soñamos sin conocer apenas.
Y pulieron unos surcos profundos
para, en su seno, afilar la otra piedra
la cortante: la del tajo en la fruta
en el tasajo, en la piel y en el cuero,
la que abriría al pez desde su espina.
Antes de la cerámica y del hierro,
esto era todo: piedra contra piedra,
piedra filosa pulida en canales
de negro basalto, oficinas líticas
en la esquina negra de la bahía,
hoy museo de piedra y rocas vanas,
tenaces resistentes a las olas,
moluscos, los cangrejos y parásitos.
Hundo mi mano en la oficina lítica
del más profundo canal de afilado:
siento el hacha que generó su roce,
percibo la mano que empuñó el hacha,
veo el cráneo que partió su filo.

---

**Ilha Moleques**

Próxima y al tiempo inaccesible, al tiro de piedra de la vista sin anteojos y eternamente lejana. La isla que corta la línea del horizonte en la bahía es la tierra del nunca jamás, la que se tiene sin tenerla, a la que se aspira sabiendo que no se la ha de pisar con estas plantas. Si las fauces de los morros cercan las columnas de esta playa, la isla solitaria es la campanilla de la garganta. La negación del espacio abierto. La promesa de la tierra firme: el último saludo de un punto fijo al navegante que se interna en el agua inmensa. Tres puntas en el cono pétreo, una alfombra verde en sus laderas y la triple corona de

espumas del arrecife que la rodea, la cierra y la niega. Es L'isola del giorno prima que imaginó Umberto Eco: la veo en detalle desde la sublime comodidad de mi sillón de arena, sus pocas palmeras, sus muchas gaviotas y cormoranes, sus paredes de granito cubiertas de guano. Parece imposible no poder tocarla. Pero si nadase hasta ella, las cortantes agujas del coral me frenarían, como a un bote o a un vano madero. Está sola, infértil, abandonada, segura. Próxima y distante. Rompiente de olas: refugio, garita de vuelos y de huevos, oasis de piedras, aislado deseo.

---

**Plaça de Catalunya**

Cuando otras voces me acercan los aires
de tu ruda Costa Brava, y las otras,
suaves y arenosas, casi africanas,
vertiginosas cruzando las olas
hacia el borde septentrional del mar
(que es tuyo y ajeno: nuestro, de todos).
Me recuerdo, Catalunya, tu puerto
que desde el fenicio fue paso franco,
de comercio y roce, cambio y salida
hacia el dominio de Constantinopla,
hacia el asaz e incógnito Poniente,
pero también entrada liberada,
generoso dintel de bienvenida
para tanto desterrado y errante
expulsado por hambre, o por el odio
que –de poco a más- viene envenenando
días, plazas, las palabras, los ágoras,
y que también ha tocado tu playa
y tu puerta, aquella de la acogida
generosa, la de las bienvenidas
a toda la piel, comida y color,
sola ahora te cierras, Catalunya,
sobre goznes gastados por la herrumbre
de las sales de aquel mar siempre tuyo
y ajeno: de todos, nuestro y plural.
Te cierras y dejas que las pateras
llenas de pieles negras desterradas
del hambre y de la noche de otra costa

(que es la tuya atravesando el espejo)
se hundan, tan negros, azules y lívidos
en las azules aguas del Estrecho.
Fuiste grande, tierra pequeña y simple,
majestuosa, plural, llana y entera:
grandeza que vino de las semillas
dispersas por mil leches y mil hijos
de mil leches sin carnet ni pureza.
En el puro no hay fuerza, sino agobio;
ni lógica ni una vida segura:
no hay sino rabia en tu puerta cerrada.
La sangre y la patria son siempre el otro:
el que lubricó en tus aguas su mano,
el que te cruzó desde el Pirineo,
aquel que en ti reposó su cansancio,
aquel que hizo vino y cava en la vid
de las manos, los codos y las uñas,
el que caminó la cumbre y el llano,
el que te canta por cantar, afuera
o adentro de tu puerta siempre abierta:
déjala siempre abierta, abierta, abierta...

---



## Nelson Specchia

---

Contame-la →

---